

LOS JOLGORIOS DE LOS ESTUDIANTES NOVOHISPANOS

Delfina López Sarrelangue

En todas las sociedades, la ideología y el culto religioso ejercen un influjo muy profundo y determinan la escala de los valores, el sentido de la dignidad del hombre, la franqueza o la cerrazón de los criterios, la libertad o la rigidez de las costumbres. Y, en consecuencia, el uso del tiempo ocioso en actividades lúdicas. Las fiestas y las diversiones, los juegos y las bromas vienen a ser, pues, un fiel reflejo de la mentalidad imperante en el marco de los rasgos psicológicos, las características sociales y las condiciones económicas propios de la época.

* * *

Las culturas indígenas se caracterizaban por el sinnúmero de fiestas religiosas en honor de dioses y diosas, en su mayoría temibles, que se sucedían a lo largo del año con bailes y con cantos, con libaciones y con sacrificios impregnados de fatalismo. Entre los cristianos, abundan las ceremonias que conmemoran

hechos luctuosos; pero, principalmente, las que han de vigorizar la alegría que brota de la esperanza de una resurrección gloriosa y, en la gran mayoría de las fiestas, los ritos sagrados se acompañan con diversiones profanas y, frecuentemente, vestigios de otras religiones, entretejidos en un sincretismo más o menos profundo.

Eran muy contrastados los caracteres de los habitantes de la Nueva España: los indígenas mostraban un temperamento impasible y reservado; los castellanos, el propio, seco y grave, y los andaluces, su índole locuaz y donairoso; sin embargo, en buen número de casos, lograron combinarse. Otro elemento estampó su sello en el rostro de la socie-

dad mexicana, el de los criollos, de ingenio agudo y voluntad tornadiza, entrañablemente asidos a esta tierra y enamorados de ella, ufanos de la cultura y las tradiciones indígenas que reclamaban como suyas, amantes del lujo y el boato, conscientes de sus dotes y sus diferencias, y en quienes, ya desde los inicios de la dominación española, apuntaron destellos de inconformidad que, con el tiempo, fueron intensificándose hasta estallar en la rebelión.

Así pues, en las fiestas y diversiones que se celebraban en este mundo nuevo, también hubieron de manifestarse, unidas o aisladas, las notas peculiares de las culturas y los pobladores que aquí se asentaron.

De amplia variedad era la naturaleza de las fiestas en la Nueva España. Se puede agruparlas en civiles, sociales, religiosas, artísticas, académicas, y las estudiantiles propiamente dichas. No existía entre ellas una delimitación precisa; antes bien, en la mayoría de los casos se entretreían las unas con las otras. Ciertas

fiestas eran familiares, y consistían en banquetes o refrescos y saraos. Otras, públicas: desfiles, carreras de caballos, juegos, procesiones, ritos sagrados, pascos, conciertos. Algunas, exclusivas de determinado grupo social, institución, región u oficio.

Pero, con escasas excepciones, hay que subrayar que las fiestas de la Nueva España eran de carácter esencialmente popular. A las más solemnes acudían los virreyes, los preladados, los miembros de la Real Audiencia, de la Inquisición, de la nobleza, de los cabildos catedralicios y de la ciudad, cuya presencia confería mayor lustre y dignidad a la ceremonia. Se les reservaba, ciertamente, lugares de honor; pero también se destinaba espacio suficiente y gradas para el pueblo, el paisanaje. La universal concurrencia de todas las clases sociales señalaba el índice del éxito de la fiesta, y las crónicas y relaciones nos narran el entusiasmo y la complacencia de los asistentes.

Los estudiantes no sólo participaban en los festejos de su grupo privilegiado, sino también en los civiles y religiosos de carácter público. Y, seguramente, también tuvieron acceso a muchos privados, si no por invitación expresa, o como integrantes del pueblo, por algún otro expediente, no muy ortodoxo que pudiera decirse.

En las principales celebraciones, las calles se adornaban con flores, banderas y gallardetes y, a veces, con altares o tabladados para las danzas y las representaciones teatrales; los balcones, con retratos y pinturas, con mantones de Manila, terciopelos, sedas y brocados; las columnas, con faroles, y los salones y las naves de los templos, con ricas colgaduras, flores finas y resplandecientes hujías. En algunos lugares públicos se erigían arcos decorados con guirnaldas de flores, y carteles que exhibían poesías y retratos. No podían faltar en la noche esos jue-

gos pirotécnicos a los que los mexicanos son tan afectos: cohetes, castillos, toritos y aparatos de fuego.

Del artificio, la fantasía y la destreza de nuestros pirotécnicos se hacían lenguas varias crónicas del siglo XVII. En la dedicación de una capilla de la iglesia de La Profesa en honor de la Inmaculada, el año de 1616, se armó en la calle, junto a la puerta de la iglesia



un insigne castillo, del cual salió un globo que, con la fuerza de los mismos fuegos, se abrió y salió una hermosa imagen de la Concepción, que con las manos esparcía los fuegos, tan sin humo y otros olores y circunstancias de pólvora, que sin esto y con las llamas y resplandores que hacían las bombas, y con no hacer lesión el fuego a la Virgen, que estaba en medio, muy alba y de muy buen parecer, se veía una peregrina representación de la Gloria con un rótulo de fuego que duró muy grande rato.

También la fiesta de la congregación de San Ignacio del colegio de indios de San Gregorio, el mismo año de 1616, nos proporciona una vívida imagen de este tipo de diversión: entre la abundancia de luminarias, destacó en el firmamento un globo en el que apareció la figura del santo, de bufo y con un Jesús de fuego en la mano, que dio al público mucho que admirar.

Desde tiempos muy antiguos, elemento indispensable de toda celebración era la música. Arraigóse la

costumbre de que en la Nueva España los atabales fueran anunciando en la vanguardia las procesiones y desfiles. Venían después otros instrumentos indígenas: trompetas y chirimías, y los españoles, como las vihuelas, las arpas y los rabeles. También se cultivaba una gran afición a las danzas y, de ellas, las preferidas eran las de los indígenas, en especial el *tocotín*, tan elogiado por Sor Juana Inés de la Cruz, y el volador, la más espectacular de todas. De procedencia peninsular eran los juegos de cañas, los de sortija y los de alcancía, que fueron perdiendo popularidad con el paso de los años. Otros motivos de diversión eran los gigantes de papel, la tarasca, los mitotes y las mascaradas, algunas de gran celebridad. Tal era la que organizaban los indios en honor de la Santa Cruz.

Desempeñaban un papel relevante en los desfiles y paseos las mulas, pero mucho más los caballos, y siendo tan diestros los jinetes mexicanos —su fama cruzaba el Atlántico—, ejecutaban lances muy lucidos y muy audaces.

Las corridas de toros merecen un capítulo aparte: tanta era su popularidad. Los nobles se lanzaban espontáneamente al ruedo a exhibir su valor y su habilidad, y hasta los profesores de la Universidad fomentaban las corridas. ¡Cuántos estudiantes de la época debieron haber practicado este deporte entre los gritos y los aplausos de sus compañeros y la sonrisa aprobatoria de los grandes del reino!

Para valorar el alcance de la afición taurina de los novohispanos, mencionemos que, cierta vez, se lidiaron cincuenta toros en dos días, y otra vez, en sólo tres días, ciento cincuenta. Arzobispo- virrey hubo que en el mismo recinto del palacio virreinal mandó armar una plaza de toros, y que fue cláusula importante en un tratado de amistad firmado por los capitulares de la Colegiata de

Guadalupe y los de la Nobilísima Ciudad de México, la concesión a los de lumbreras en la plaza de toros.

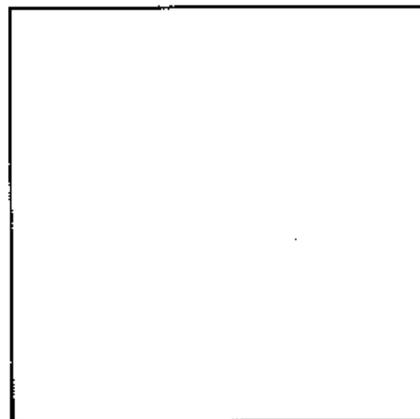
No es posible dejar de aludir a dos eventos verdaderamente extraordinarios del siglo XVI: el primero, una cacería realizada en la plaza mayor de la ciudad de México, donde se aprestó un bosque artificial en el que los indios flechaban venados y conejos; y el otro, en las cercanías del Tepeyac, el simulacro de un combate naval entre turcos y caballeros de la orden de Malta.

Entre las ceremonias civiles podemos enumerar la jura del rey de España, el nacimiento de un príncipe, los triunfos de las armas españolas, la firma de tratados de paz y alianza entre España y otras naciones, el desfile del pendón, la llegada de un virrey o un obispo. Todas ellas eran públicas: nobles, funcionarios, eclesiásticos, mineros, comerciantes y ricos hombres y, en resumen, todo el pueblo, tenían el derecho de asistir, individualmente o integrados en los cuerpos corporales. Mayor satisfacción y mayor orgullo proporcionaban estos acontecimientos mientras más nutrida fuera la asistencia de toda las clases sociales.

Las funciones religiosas abundaban desde el día primero hasta el último del año. Revestían gran solemnidad las principales conmemoraciones de la Iglesia, como las Pascuas de Resurrección, Pentecostés y Navidad, el Corpus, los aniversarios de la Virgen y los de los santos. La fiesta se anticipaba, en ocasiones, desde la víspera o durante nueve días (el novenario) y, en otras, se prolongaba a la octava, en un festejo continuado. Señalemos, además, la beatificación o canonización de un santo, la concesión de un jubileo, la dedicación de una iglesia, la llegada de santas reliquias. Estas fiestas eran también públicas: trascendían el ámbito sagrado ocupando calles y plazas. Otras, como la or-

denación de un sacerdote, la profesión de una monja, las propias de las congregaciones o cofradías, se celebraban privadamente en sus respectivas capillas o dentro de los templos o conventos, y consistían predominantemente en pláticas espirituales, sacramentos y meditaciones, himnos y diálogos sobre asuntos religiosos.

De todas ellas, la más solemne era la fiesta del Corpus, en que se efectuaba una lucidísima procesión con sacerdotes y cofradías que pisaban alfombras de frescas yerbas y flores olorosas. Era asimismo la más concurrida, y el pueblo ponía en ella su nota peculiar de animación y de desorden, instalando en el trayecto de la procesión puestos de juguetillos, de comidas, de refrescos y hasta de bebidas embriagantes, abuso que originó censuras muy severas por parte de las autoridades eclesiásticas.



Sumamente fastuosa resultaba la fiesta de la Inmaculada Concepción, y mucho más todavía la de la Guadalupeana, patrona del reino de la Nueva España, en cuyo día se organizaban festejos en todas las iglesias del reino.

Pero, de cualquier tipo que fueran, en todas las fiestas brillaban el ingenio y la creatividad, el buen humor y la gracia de los mexicanos.

Viniendo en particular a las celebraciones de naturaleza estudiantil, hay que referirse al 18 de octubre, día de San Lucas, en que se inauguraban las clases. Misas y oraciones, discursos y exhortaciones constituían la parte formal. El resto se dedicaba a los alumnos de nuevo ingreso, a quienes se dispensaba la "bienvenida", rito reboante de chanzas y de mofas, algunas en verdad excesivas: "contribuyen no poco —se quejaba un profesor— a que se rompa la caridad", por lo que fue preciso moderarlas.

En los cortos periodos de descanso entre clase y clase, se reunían los estudiantes, como ahora, como siempre, a charlar y hacer comentarios. El tema de tales pláticas giraba frecuentemente en torno de chistes y cuentos ridículos, contados abiertamente y con la participación y ejemplo de los profesores. Domingos y días festivos se gastaban en paseos campestres. Y en las vacaciones, finalizados los cursos, el despliegue de las actividades lúdicas era más prolongado y extendido a muchos órdenes. Algunos colegios mantenían huertas y fincas para el reposo y solaz de los estudiantes. Era posible entonces, organizar excursiones, disfrutar de la cacería de pájaros y conejos y de muy variadas golosinas y, en las noches, participar en juegos de salón, de manos o de titeres, en danzas y comedias flocosas, en entonar cantos sonoros acompañados por las vihuelas, las flautas y las bandolas, incitados por los maestros a mantener "una grande y continua-

da alegría". Muy animadas también eran las fiestas de carnaval, en cuyos días se acostumbraba que los estudiantes se lanzaran huevos unos a otros y aun a sus profesores.

¿Hubo algunos desórdenes? Ciertamente; pero se acudía con prontitud al remedio, dejando subsistir la costumbre.

En el capítulo de las celebraciones de carácter intelectual, aparecen, primeramente, los ejercicios académicos que, con la asistencia exclusiva de maestros y alumnos, solían tener lugar en el seno mismo de la institución educativa que los organizaba. Eran sencillos, adecuados a los cursos menores: el latín y la retórica. Los alumnos seleccionados para intervenir en ellos declamaban un poema o pronunciaban un discurso en latín. Tales funciones se sucedían ininterrumpidamente cada semana durante el año escolar.

En cambio, los ejercicios que presentaban los alumnos de las facultades mayores eran más solemnes y públicos. Para ellos se cursaban invitaciones formales a los personajes más distinguidos, a fin de que presidieran y honraran el acto y, al mismo tiempo, fueran testigos de los progresos de los estudiantes de las disciplinas de filosofía y teología.

El más sobresaliente de este tipo de exámenes era una disputa científica llamada "acto" que duraba todo el día. En el acto, el cursante de alguna facultad mayor debía sostener un punto de su materia y contestar a todas las objeciones que sus compañeros, y los invitados que lo desearan, le dirigían. Junto con el premio, el sustentante recibía así el reconocimiento público de su valía intelectual y de su aplicación, reconocimiento del que hacía partícipes a sus profesores y a su escuela misma.

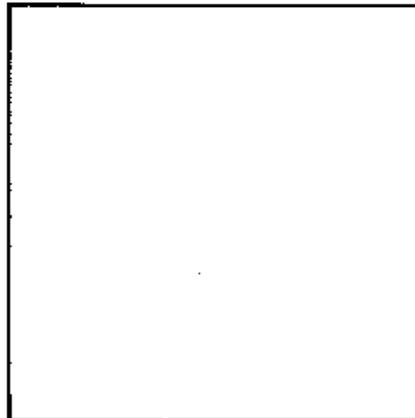
Se comprende que tal honor fuera muy ambicionado. Y lo fue todavía más entre los estudiantes novohispanos que consideraban punto de negra honrilla no poder susten-

tar este ejercicio. Época hubo en que, para satisfacer sus demandas y las de sus padres, los actos se multiplicaron en exceso. Con el tiempo, llegó a cobrar celebridad esta afición, que ya era desmedida en los alumnos de los colegios jesuitas de la Nueva España, al grado de que los estudiantes europeos, mofándose de algún compañero presuntuoso, le preguntaban con sorna: ¡Qué! ¿Acaso sustentase acto en México? Porque, en ocasiones, los méritos de los agraciados no justificaban ese honor. Así que pronto se impuso la rígida costumbre de que presentarían solamente dos actos en el año: el primero, una semana después de iniciados los cursos, y el segundo, al final de ellos.

Otro ejercicio de aprendizaje y de lucimiento, pero también de diversión era el de los coloquios, diálogos sobre temas morales, algunos

en verso y muy ingeniosos, que debían recitarse en latín para la práctica de la lengua. Abundaban asimismo los certámenes literarios sobre determinados temas, en los que podían participar empleados y religiosos. Se acompañaban con breves conciertos musicales y despertaban gran entusiasmo entre los que actuaban y la concurrencia, con la consiguiente alegría de los triunfadores, a los que se premiaba con preciosas alhajas.

Más elaboradas, con participación de muchos actores, con temas muy profundos y tono dramático, eran las comedias, que también debían recitarse en latín. Los estudiantes de la Nueva España amaban sobremanera los coloquios y las comedias, pero más que como ejercicio literario, por la presentación en sí, por las risas y el regocijo que conllevan los tropiezos, los olvidos y las pequeñas travesuras que se suscitan en los ensayos, y querían que sus amigos y parientes, y aun todo el público, disfrutaran ampliamente del espectáculo; pero eso sólo podía tener efecto si la recitación se hacía en castellano. De modo que las comedias se representaban, parte en latín, y parte en la lengua vernácula, con la complacencia y la autorización de los profesores, quienes pretendían, ya desde los primerísimos tiempos de la fundación de los colegios jesuitas, según amargas quejas del padre provincial, que los coloquios y comedias se hicieran en romance, porque ello —sostenían— impartía calor a los estudiantes y los estimulaba en sus estudios. Cuando le mostraban al provincial las comedias, las llevaban mitad en romance y luego, al tiempo de la representación, y ya sin avisarle, añadían otro tanto de castellano y aún más, en tal forma que alguna comedia, de cinco partes, presentaba una sola en latín. Hubo años en que las clases estuvieron muy flojas, porque varios maestros se ausentaron o enferma-



ron y, sin embargo, los alumnos de latín aseguraban que los estudiantes marchaban de maravilla. Convicción espolcada por la satisfacción y la alegría de las comedias a su gusto.

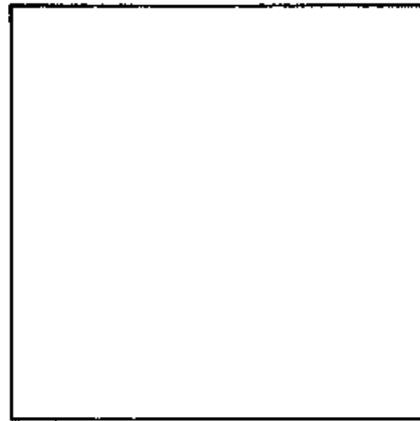
Andando el tiempo, tuvieron las comedias un carácter trilingüe, pues se recitaban en latín, en castellano y en una lengua indígena.

Los escenarios de fondo en que se desarrollaban las comedias eran sumamente variados y algunos en verdad fantásticos: las cortes de los reyes europeos, o las ciudades romanas, o las regiones celestiales, o los dominios del turco, sin olvidar los paisajes autóctonos (en particular la ciudad de México, cuya belleza cantaban ya desde 1577), todos poblados por héroes, santos y personajes históricos y alegóricos.

Si para un estudiante de la época, empapado en los textos clásicos, semejantes temas y sucesos le resultaban familiares, hay que imaginar la impresión que aquellos vestidos lujosos y apegados al tiempo y al personaje aludido, aquellos adornos de perlas y diamantes, las bien timbradas voces y los airosos ademanes llenos de gracia o majestad, ejercían en las mentes de los alejados de los estudios, de las gentes sencillas e ignorantes, del pueblo bajo que presenciaba, fascinado, tales espectáculos con evocaciones de magia y de ensueño y plenamente aprobados por la Iglesia y favorecidos por lo más granado de la sociedad.

Celebrábanse comedias en múltiples circunstancias: la Epifanía, la Circuncisión, las fiestas del Corpus, del santo patrono, el comienzo y el fin de los cursos, la distribución de premios, el arribo de virreyes y obispos, o de reliquias, o de hulas, y su frecuencia provocaba las quejas y las censuras de la Inquisición. Uno de sus miembros, en 1598 se lamentaba del tiempo perdido y de las molestias que ocasionaban las multitudes deseosas de presenciarlas. Quejas inútiles, porque era de

opinión general que cualquier acontecimiento bien merecía una o varias comedias, y general el empeño en montarlas de la manera más lucida posible. El mismo ayuntamiento de la ciudad de México se apresuraba a contribuir al esplendor de las fiestas, proporcionando a los estudiantes alfombras, luminarias, tabladitos para las mujeres y los niños y dinero para el vestuario. Y todo ello, a su propia costa.



Los estudiantes agasajaban a las altas autoridades civiles y eclesiásticas con comedias muy lujosas, en cada una de las cuales llegaban a gastar hasta mil pesos, lo que en el siglo xvii constituía una suma exorbitante, y más todavía si se considera que en un solo año se representaban dos con este motivo. Por otra parte, una función no constaba únicamente de la comedia: en los actos se sucedían danzas, cantos y piezas ligeras, como sainetes y entremeses y, al final, se ofrecía un refresco. Tenían lugar dentro de los colegios, en los templos y hasta en la mitad de la calle. Para los alumnos de los jesuitas, el Colegio Máximo tenía, además, su propio auditorio, que era de gran capacidad.

Y si la Inquisición no se mostraba muy adicta a estas representaciones aunque, de todos modos, asistía a ellas y las aplaudía, los virreyes manifestaban por ellas un entusias-

mo desbordante. En 1596, cuando se concedió el título de real al colegio de San Ildefonso, el virrey Zúñiga y Acevedo invitó a los estudiantes a que actuaran en el palacio virreinal, y el marqués de Guadalcázar, veinte años después, complacidísimo con la comedia allí representada, solicitó su repetición al día siguiente "sin suprimirle nada" para que la virreina tuviera la oportunidad de admirarla.

Al arribar a la capital el virrey marqués de Villena, en 1640, los estudiantes, "dando muestras de sus ingenios y alegría", presentaron a lo ridículo un juego de cañas con libreas muy graciosas, un carro triunfal con música y carreras, y cuadrillas tan bien concertadas —nos dice un cronista allí presente— que podían competir con las mejores de Europa. Días después, el provincial convidó al virrey a visitar el Colegio Máximo. Se le recibió con repique de campanas, y se le condujo al patio de estudios donde ya lo esperaban, en tribunas preparadas para el efecto, cinco obispos, los inquisidores, varios letrados, personas graves y religiosos, y mucho pueblo, al que se acomodó en el mismo patio y en los corredores y tabladitos para que pudiese contemplar la función cómodamente. El tema de la comedia, que para esa ocasión compuso un profesor jesuita, era la conversión de San Francisco de Borja, y se desarrollaba en un tono "grave y dulce" en el que se entreveraban algunas situaciones cómicas. De ellas se apreció la variedad de las escenas, el dinamismo de las trameyas, el gran número de participantes (más de sesenta) y los suntuosos vestidos. Intervinieron también los mejores cantores de la catedral, y alegraron los ánimos de los concurrentes dos danzas de niños estudiantes, el juego llamado de las alcancías, y un entremés "en negro", en el que actuaron varios estudiantes disfrazados de negros. La fun-

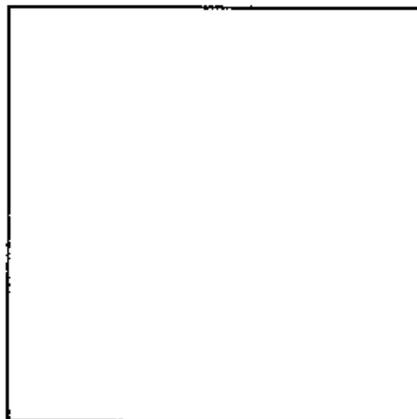
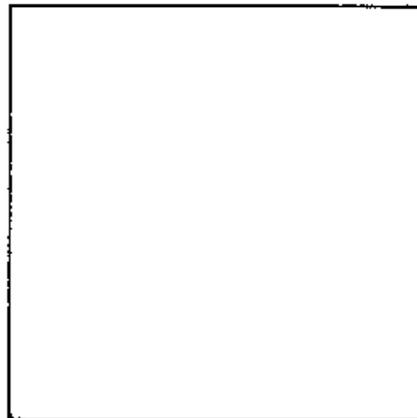
ción culminó con el baile del tocotín, interpretado por dieciséis muchachos vestidos con preciosos trajes de lamé de oro, huaraches bordados de pedrería, diademas sembradas de diamantes, y quetzales de plumería verde. Llevaban los compases del tocotín varios estudiantes que tocaban instrumentos musicales y unas calabacitas doradas semejantes a sonajas que producían muy agradables sonidos, mientras otro, acompañado por la capilla de música, ocultaba tras una celosía, cantaba dulcemente: "salid, mexicanos, bailá el tocotín, que al son de Villena tenéis en cenit su sangre cesárea que, en rojo matiz, dorado epíclito rubrica el carmín". Tan vistosa fue que el público quedó hechizado, convencido de que sola esta danza hubiera bastado para dar categoría al espectáculo más pulido. Mayormente el virrey, quien aseguró que la fiesta era digna de representarse en honor al rey en su real corte, y luego juntó a ocho niños ataviados al estilo de los indios para mandarlos a bailar ante el monarca.

Muy gustada también fue la Persecución de la Iglesia por los herejes, presentada en 1574, el día de San Pedro y San Pablo, y como el arzobispo de México y el obispo de Tlaxcala no pudieron asistir, solicitaron y obtuvieron que se repitiera el día siguiente.

Más brillante y de mejor factura fue la celebración organizada en 1644, con motivo de la colocación de las reliquias venidas de Roma, en la que se interpretó el Triunfo de los Santos, espléndida tragedia de cuatro horas de duración. La fiesta duró ocho días y en todos se sucedieron danzas y cantos combinados con actos de penitencia en plena calle. El dos de octubre tuvo lugar el desfile a caballo de doscientos alumnos de las escuelas jesuitas, que recorrieron las principales calles de la ciudad, adornadas con diez arcos triunfales, cinco que levantaron los

españoles, y cinco los indios.

Un mes después, muy de mañana empezó una procesión con indios provistos de banderas, cruces e imágenes, y escoltados por más de doscientas literas doradas, las cofradías con sus estandartes, el virrey, los trompeteros, los atabaleros y otros músicos que tocaban instrumentos rústicos. A su paso, varios niños arrojaban a los espectadores cascarrones llenos de agua perfumada. Al llegar al tercer arco triunfal, surgieron tres jóvenes vestidos de ángeles, que recitaron un coloquio y, después, otros con indumentaria de guerreros romanos que se enzarzaron en un torneo y un juego de cañas. Por la tarde hubo representaciones de los colegiales en un tablado montado en la capilla mayor de la iglesia de La Profesa, y el siguiente día, coloquios y bailes de niños estudiantes. En el Colegio Má-



ximo se hicieron dos representaciones, una de ellas muy sugestiva, en la cual, México, como personaje principal, aparecía con el cabello peinado a la usanza de los indios y vestido con un huipil encima de un traje español. También entonces se actuaron comedias en las calles, bien provistas de los tabladitos para el pueblo que proporcionaba el Ayuntamiento.

Gran solemnidad, mayor que en otros años, revistió en 1614 la fiesta de San Ignacio. Hubo cuatro juegos de chirimías y tres de atabales, un concierto excelente y danzas de estudiantes, con declamación de poemas en el Colegio Máximo, y ya en la tarde, coloquios a cargo de los cursantes de las facultades mayores. Ese día, los inquisidores comieron en el refectorio del Colegio.

Reflejo de las ceremonias que en Roma se llevaron al cabo en el siglo XVIII por la canonización de los santos jesuitas Estanislao y Luis Gonzaga, fueron las fiestas que en México tuvieron como marco principal al Colegio Máximo. En su puerta se erigió un arco triunfal y, en el centro del atrio interior, una fuente y un jardín de flores artificiales. Las columnas, los portales y el derredor del mismo atrio aparecían cubiertos con alfombras y tapices, espejos y pantallas; la torre, contorneada con faroles, y el tejado, deslumbrante de luminarias. En andas se transportaron las estatuas de los santos, adornadas con las mejores joyas de las señoras mexicanas, desde la Casa Profesa hasta el Máximo, por un camino alfombrado de amapolas y mirtos, entre el gozoso repique de las campanas, las luces encendidas en las puertas de las casas, los balcones y las calles, y el colorido y el perfume de las flores arrojadas desde las azoteas. Fue recibida la procesión por un coro de niños vestidos de serafines y un escuadrón de otros, vestidos como novicios jesuitas. Lo que despertó al máximo la

admiración fue el ingenioso artificio de tramoya por el que un joven vestido de qucrubín "voló desde las alturas saludando a San Luis con un poema". La fiesta se alargó a varias tardes más, con danzas, coloquios y conciertos de violines.

Con parecida frecuencia se organizaban las mascaradas en las que los estudiantes tomaban parte. Las más notables se presentaron en 1658, y fueron dos: una a lo faceto, es decir, a lo chistoso y ridículo, y otra al estilo grave. Aquí reproduzco la descripción de la primera, por ser más interesante.

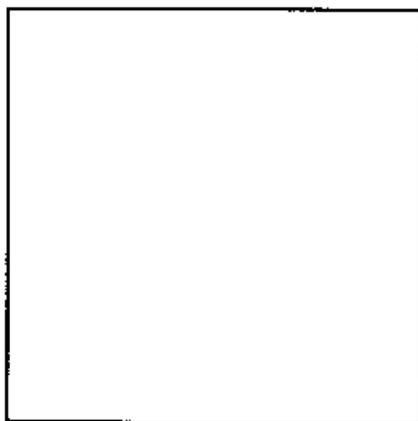
A las tres de la tarde salió del Colegio Máximo un gran número de carros ridículos llenos de estudiantes disfrazados de negros y negras, de mulatas, de vaqueros, de micos. Algunos imitaban a Cortés y a la Malinche, otros, a los grandes de la corte de Madrid, y otros más, al capitán de la guardia real. Desfiló luego un carro triunfante en el que se había formado una pirámide con leones y castillos en las esquinas y, como remate, un trono con el rey de España que ostentaba corona y cetro y, a los lados, la reina y los príncipes. Seguían a este carro cuatro carrozas de mulas y, al final del cortejo, un carro que representaba a la nación mexicana.

El paseo se prolongó hasta las siete de la noche. A esa hora arribó al Palacio para saludar al virrey, la vi-reina y los oidores, quienes desde los balcones habían presenciado el desfile, y para declamarles una loa. De allí partió a las casas arzobispa-les donde el arzobispo y su cabildo hicieron a los estudiantes muchas demostraciones de complacencia.

No eran los festejos exclusivos de la capital de la Nueva España. En otras ciudades había regocijos seme-jantes. Así fue en 1600, al inaugurarse el templo del colegio jesuita de Puebla. Después de los actos de cul-to habituales, se organizaron proce-siones, músicas, danzas, juegos de

cañas y de sortijas, y certámenes li-terarios.

Años después, en 1617, en la de-dicación del templo del colegio je-suita de Oaxaca, se hicieron desde la víspera salvas de pólvora, repi-ques de campanas que contestaban las de la catedral y una danza de es-tudiantes que presenció todo el pue-blo oaxaqueño. Durante la noche, la ciudad quedó encendida con lu-minarias y, al día siguiente, aparecie-



ron las calles aderezadas con arcos de flores. La procesión con el Santí-simo Sacramento terminó en la cate-dral donde, al descorrerse las corti-nas, se vio un trono con nueve estu-diantes vestidos de ángeles. Luego, a la mitad de la plaza, diez niños ves-tidos con traje mexicano bailaron según su usanza y, ya cerca de la iglesia jesuita, en un tablado danza-ron los ángeles con las virtudes de San Ignacio. El obispo salió a reci-bir la procesión; el banquete se sir-vió en el refectorio del colegio y, en la tarde, en tres teatros acondicio-nados en la iglesia jesuita, los estu-diantes declamaron y bailaron de nuevo.

Esto era respecto de los colegia-les criollos; pero los indígenas tam-bién participaban en muchos feste-jos con procesiones, músicas, mas-caradas y fuegos artificiales. En verdad memorable fue, a principios del siglo xvii, la procesión que el

Colegio de Indios de San Gregorio celebró, entre danzas y fuegos de pólvora, a cuyo término se presen-tó el juego del volador. Dos altares se habían levantado en la calle del Colegio de San Gregorio: en uno, los niños indios de la escuela de pri-meras letras actuaron en una come-dia en la que usaron un castellano tan finamente pronunciado que asombró y complació en grado su-mo a la Real Audiencia, quien pidió la repetición. En el otro altar, los es-tudiantes de humanidades recitaron un coloquio muy gracioso. Otra co-media y una tragicomedia represen-tó el Colegio de San Gregorio en 1643, esta vez en una lengua indí-gena, tan pulcramente que mereció quedar registrada en las crónicas.

Por su mismo carácter de máxi-ma institución educativa, las cele-braciones de la Real y Pontificia Uni-versidad de México adquirían un se-ñalado tono de esplendor. Así fue en 1743, al jurar como patrón a San Luis Gonzaga. El rector y el claus-tro de profesores cargaron en andas de plata la estatua del santo, cubier-ta con rica pedrería, y recorrieron las calles, muy adornadas e ilumina-das, acompañados de los estudian-tes, los repiques de las esquilas de las iglesias y los fuegos artificiales. Desde el puente del Palacio hasta la puerta de la Universidad, la real ace-qua hervía de canoas, y en todas partes, hasta en las azotecas, bullía un inmenso pueblo ávido de presenciar la ceremonia. Los estudiantes del Se-minario Conciliar recibieron a la procesión y las andas, y en un altar de la Catedral se prestó el juramen-to de patronazgo. Luego se leyeron cien composiciones de las cuatro-cientas compuestas para el certamen literario convocado para este evento. A partir de entonces, los estudian-tes universitarios celebraban anual-mente, y con mucho lucimiento, a sus patronos San Luis Gonzaga y Santa Catalina.

La bendición del nuevo edificio

de la Universidad, en 1760, dio ocasión a un festejo fastuoso, en que, precedidos por los atabaleros, desfilaron por las calles de la ciudad, estudiantes y profesores, muchos de ellos montados en mulas y caballos ricamente enjaezados. El rector, de sus propios haberes, ofreció un refresco espléndido, al que siguió un certamen literario y, en la noche, la exhibición de seis gigantes de papel y la quema de máquinas de pólvora en el circo de la plaza del Volador.

Entre las fiestas de tipo académico más solemnes, sobresalía la jura del rector, después de que se llevaba al cabo su elección por los consejeros estudiantes y profesores. Y podemos llamar fiestas eminentemente universitarias a los vítores, que tenían lugar cuando se presentaban oposiciones a las cátedras, a fin de animar a los sustentantes. Los alumnos de la universidad, por la noche salían a las calles con arpas, trompetas, caja, tambor, chirimías, pífanos, guitarras y, en alguna ocasión, hasta con un órgano tocado por el propio organista de la catedral de Valladolid, y lanzaban vítores al opositor que apoyaban. No siempre se hacían en forma pacífica y ordenada, como se vio en Guadalajara en 1692. En aquel entonces se suscitó un gran tumulto, en el cual, incluso las autoridades civiles resultaron apedreadas, insultadas y atacadas a estocadas por los estudiantes de aquella universidad, con el agravante de que la mayoría de ellos portaba hábito de clérigo.

Cuando se celebraba un examen de licenciatura, era regular una cena a la que se convidaba a los alumnos consejeros universitarios y también a los bedeles, es decir, los prefectos de disciplina, y era tan pródiga, que a ocho años de la fundación de la Universidad de México, ya se pedía su moderación. Hacia 1580 estaba dispuesto que se racionara y consistiera en sólo un principio de fruta, un guajolote, un plato más de cabri-

to o de ternera, una escudilla de manjar blanco y, para final, otra fruta más.

Era costumbre que la culminación de los estudios en la Universidad, mediante la concesión del doctorado, se acompañara de festejos muy divertidos y muy brillantes; pero también sumamente costosos. Después de examinado, el flamante doctor se sujetaba al vejamen, composición regularmente en verso en la que se saludaba al cancelario (autoridad que en nombre del rey y del papa otorgaba los grados), al rector, al mecenas respectivo y a la universidad, y luego, se recitaba una especie de biografía, de tipo jocoso-burlesco, del recipiendario. El doctor, montado en una mula, debía a continuación hacer un recorrido por las calles de la ciudad entre las chanzas y el pitorreo de sus compañeros. Un suculento banquete coronaba la fiesta y borraba el tormento que habría de renacer en el siguiente examen.

No solamente los hombres actuaban en los jolgorios y celebraciones de la Nueva España: las niñas de los colegios participaban activamente en los jolgorios. Además del bordado, la cocina, las primeras letras y la música, las monjas las enseñaban a representar comedias; las vestían con ricos trajes y las hacían recitar diálogos y bailar en la Navidad y el día de San Juan. Trascendían sus empeños y, entre los vecinos de la ciudad, se discutía animadamente cuál era el convento donde se representaba con mayor arte, se interpretaba la mejor música y se lucían los vestidos más lujosos.

* * *

Al evocar los tiempos novohispanos, es preciso resaltar la decisiva influencia de los jolgorios estudiantiles de entonces. Moviéndose con liber-

tad y galanura entre los miembros de la Iglesia, de la nobleza y del gobierno, los estudiantes confirieron brillo, ingenio y alegría a la vida de los mexicanos. Era natural que todas las clases sociales, pero especialmente las populares, se animaran con la alegría estudiantil, se enorgullecieran de su inteligencia, su gracia y su arte, barroco e ingenuo a la vez, y se sintieran hondamente agradecidas con quienes les proporcionaban tantas ocasiones de esparcimiento y, regularmente, humildes servicios en cárceles y hospitales por medio de las congregaciones piadosas estudiantiles.

Impulsivos o maliciosos, conocedores de sus méritos y su pertenencia a un grupo privilegiado, los estudiantes novohispanos en ocasiones transgredieron con sus algarazas las normas establecidas; pero el trato que se les dispensó fue de suma benevolencia.

No es posible, pues, admitir como cierta la imagen que algunos historiadores dibujan de la sociedad mexicana de entonces: pasiva, monótona, fanática y puritana. Era, como se ve, numerosísimas las ocasiones propicias para desplegar el regocijo, abiertos los lugares, incluyendo los recintos sagrados y las calles, muy refinadas las obras artísticas, muy agudos los ingenios — como lo reconocían y proclamaban los doctos europeos — y muy dispuestos los ánimos para compartir los dones intelectuales con los humildes e ignorantes.

Una sociedad —y recuérdese que entonces todas las instituciones educativas eran de entraña eminentemente religiosa—, una sociedad que al mismo tiempo promueve seriamente los estudios, y comprende y estimula las manifestaciones lúdicas de los jóvenes, es una sociedad sana dentro de sus límites de tiempo y de espacio. Una sociedad que merece nuestro respeto y nuestra confianza.